

Sobre el trauma histórico

Sabina Loriga

EL TRAUMA PSÍQUICO

Entre 1870 y 1930, el concepto de trauma se enriquece con nuevos significados. Manteniendo su connotación médico-quirúrgica, comienza a utilizarse desde una perspectiva psicológica, para calificar las lesiones psíquicas dejadas por un acontecimiento inesperado y de extrema violencia, en un sujeto que puede tener la impresión de una muerte inminente.¹ En Francia, Jean-Martin Charcot observa, en sus *Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso* (1885-1887), sobre siete casos de histeria masculina, que los síntomas histéricos pueden desencadenarse tras un «shock» traumático.² Algunos años más tarde, en su tesis, titulada *El automatismo psicológico*, Pierre Janet presenta veintiún casos de neurosis traumáticas.³ El concepto de trauma ocupará un lugar central a lo largo del desarrollo de la obra de Sigmund Freud, desde los *Estudios sobre la histeria* (1895) hasta *Moisés y la religión monoteísta* (1939).⁴

La cuestión adquiere pronto una dimensión social. El neurólogo alemán Hermann Oppenheim introduce el concepto de «trauma psíquico» para describir el impacto de los accidentes laborales o ferroviarios. A partir del estudio de cuarenta y dos casos de neurosis, propone una tesis psicogénica: el terror (*Schreck*)

1. Mark S. MICALÉ y Paul LERNER subrayan la relación entre el cambio de significado del concepto y el avènement de la modernidad («Trauma, Psychiatry, and History: a conceptual and historiographical introduction», en M. S. MICALÉ y P. LERNER (eds.): *Traumatic Pasts. History, Psychiatry, and Trauma in the Modern Age, 1870-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 1-27). Véase igualmente: Michael S. ROTH: *Memory, Trauma, and History. Essays on Living with the Past*, Nueva York, Columbia University Press, 2011.
2. Mark S. MICALÉ: «Jean-Martin Charcot and *les névroses traumatiques*: From Medicine to Culture in French Trauma Theory of the Late Nineteenth Century», en Mark S. MICALÉ y Paul LERNER (eds.): *Traumatic Pasts...*, pp. 115-139.
3. Ruth LEYS: *Trauma: a Genealogy*, Chicago, Chicago University Press, 2000, capítulo III.
4. En su reconstrucción de las diversas concepciones del trauma en Freud, Sylvie Dreyfus distingue al menos tres tipos de trauma: el trauma de origen sexual, ligado a la castración, que tiene una dimensión elaborativa (1895); el trauma desencadenado por un acontecimiento, conceptualizado a partir de finales de 1910; y el trauma colectivo, elaborado al final de su obra. Véase: S. DREYFUS: «Freud, le trauma: culpabilité et détresse», en F. BRETTE, M. EMMANUELLI y G. PRAGIER (eds.): *Le Traumatisme psychique. Organisation et désorganisation*, París, PUF, 2005, pp. 11-26.

puede provocar una perturbación emocional intensa capaz de alterar la psique de manera duradera.⁵ En el mismo período, otros médicos estudian los efectos psíquicos de los abusos sexuales, las transformaciones políticas violentas y la guerra.

Los primeros testimonios médicos sobre las heridas psicológicas ocasionadas por los combates se remontan a la Guerra de Secesión (Silas Weir Mitchell) y al conflicto ruso-japonés de principios de siglo (Adam Cygielstrejch). Después, durante la Primera Guerra Mundial, la psiquiatría militar se interesa primeramente por el «shock de las trincheras» (*shell-shock*), causado por el terror de los bombardeos de artillería y el horror de las carnicerías de cuerpos dislocados por los proyectiles, las minas o las granadas; así como por la «traumatofobia» (literalmente, «miedo a las heridas»), invocada para justificar condenas y ejecuciones por «cobardía» frente al enemigo.⁶ Karl Abraham, William Halse Rivers, Ernst Simmel, Sandor Ferenczi y Victor Tausk están involucrados como psiquiatras militares.⁷ Prefiguran ciertas reflexiones propuestas por Freud en *Más allá del principio de placer*:

Tras graves conmociones mecánicas, catástrofes ferroviarias u otros accidentes que conllevan riesgo para la vida, se observa un estado que ha sido descrito desde hace mucho tiempo bajo el nombre de «neurosis traumática». La terrible guerra que acaba de finalizar ha engendrado un gran número de afecciones de este género y ha demostrado, al menos, la inanidad de los intentos de vincular estas afecciones a lesiones orgánicas del sistema nervioso, las cuales serían resultado de la violencia mecánica. El cuadro de la neurosis traumática se parece al de la histeria por su riqueza en síntomas motores, pero se distingue generalmente por los claros signos de sufrimiento subjetivo –como en el caso de la melancolía o la hipocondría– y por un debilitamiento y una perturbación muy pronunciados en casi todas las funciones psíquicas.⁸

5. Paul LERNER: «From Traumatic Neurosis to Male Hysteria: The Decline and Fall of Hermann Oppenheim, 1889-1919», en M. S. MICALE y P. LERNER (eds.): *Traumatic Pasts...*, pp. 140-171. Sobre los traumas psíquicos provocados por los accidentes ferroviarios, véanse las contribuciones de Ralph HARRINGTON («The Railway Accident: Trains, Trauma and Technological Crisis in Nineteenth Century Britain», pp. 31-56) y de Eric CAPLAN («Trains and Trauma in the American Gilded Age», pp. 57-77) en el mismo volumen. En Alemania, pero también en Francia, un conjunto de medidas confieren reconocimiento legal a la neurosis traumática.
6. George MOSSE: «Shell Shock as a Social Disease», *Journal of Contemporary History*, vol. 35, n.º 1 (2000), pp. 101-108.
7. Olivier DOUVILLE: «Des psychanalystes sous la Première Guerre mondiale: de la névrose traumatique à la folie traumatique», *Bulletin de psychologie*, n.º 531 (2014), pp. 237-251. Véase también: Jean-Max GAUDILLIÈRE: «De la mémoire, du trauma, du transfert, à partir de l'itinéraire de W. R. Bion», *Journal français de psychiatrie*, n.º 36 (2010), pp. 13-16.
8. Sigmund FREUD: «Au-delà du principe de plaisir» [1920], en *Œuvres complètes*, t. XV, 1916-1920, París, PUF, 1991, pp. 273-338. No obstante, como muestran Didier Fassin y Richard Rechtman, las afirmaciones de estos primeros psicoanalistas no fueron escuchadas, y la psiquiatría, que permaneció suspicaz durante mucho tiempo, continuó «desenmascarando» a los simuladores. (D. FASSIN y R. RECHTMAN, *L'Empire du traumatisme. Enquête sur la condition de victime*, París, Flammarion, 2007).

La Segunda Guerra Mundial no supone un avance en la reflexión sobre las neurosis de guerra.⁹ En los años siguientes, se abordan fundamentalmente otras dos dimensiones: por una parte, las consecuencias psíquicas de la experiencia concentracionaria; por otra, la fuerza de seducción psicológica del nazismo.

Bruno Bettelheim fue uno de los primeros en plantear la cuestión de la desintegración de la personalidad en los campos. Arrestado por los nazis en mayo de 1938 y deportado primero a Dachau, es liberado en mayo de 1939 en Buchenwald, tras los Acuerdos de Munich. En *Comportamiento individual y de masas en situaciones extremas*, publicado en 1943, analiza la lenta evolución del deportado: del trauma originario ligado a la ilegalidad de la detención, a la pérdida de la autonomía, pudiendo llegar hasta la identificación con los verdugos. Para describir las modificaciones psíquicas que se producen en los campos, propone el concepto de «situación extrema». Como podemos leer en un texto posterior, publicado en *Survivre*, «Nos encontramos en una situación extrema cuando somos repentinamente catapultados a un conjunto de condiciones de vida donde nuestros valores y nuestros antiguos mecanismos de adaptación ya no funcionan e, incluso, algunos de ellos ponen en peligro la vida que supuestamente debían proteger.»¹⁰ Más allá de destacar la dificultad de creer en la realidad de los campos, Bettelheim reflexiona igualmente sobre la experiencia del superviviente, la cual está marcada por una doble temporalidad. Por una parte, el trauma, en el momento en que se produce: «es decir, la desintegración de la personalidad que resulta del internamiento en un campo de concentración alemán; esta experiencia destroza totalmente la vida social del individuo, privándolo del conjunto de sus apoyos previos –tales como su familia, sus amigos, su posición vital–, al tiempo que lo somete a un régimen extremo de terrorismo y degradación, donde las peores formas de tratamiento se entremezclan con una amenaza de muerte directa, ineluctable y omnipresente.»¹¹ Por otra parte, los efectos de este trauma, que perduran toda la vida: el superviviente se siente culpable por haber sido salvado; ¿cómo puede aceptar la «suerte prodigiosa» de haber sobrevivido?

La cuestión de la fuerza de seducción psicológica del nazismo es abordada por numerosos autores: desde el fin de la Segunda Guerra Mundial examinan las motivaciones del «amor por el Führer».¹² Desde esta perspectiva, en 1967, los psicoanalistas Alexander y Margarete Mitscherlich escriben que Hitler fue «una

9. Ruth LEYS: *Trauma: a Genealogy*, Chicago, Chicago University Press, 2000, capítulo VI. Es significativo que el documental *Que se haga la luz* (Let There Be Light), realizado por John Huston, sobre la terapia de ciertos soldados traumatizados por la guerra, no se haya distribuido hasta 1981.

10. Bruno BETTELHEIM: *Survivre*, París, Robert Laffont, 1979, p. 24.

11. *Ibid.*, pp. 39-40. Véase también: Ernest A. RAPPAPORT: «Beyond Traumatic Neurosis: a psychoanalytic study of late reactions to concentration camp trauma», *International Journal of Psychoanalysis*, 49 (1968), pp. 719-731.

12. Véase, entre otros, la investigación sobre el individuo potencialmente fascista de Theodor W. Adorno: Else FRENKEL-BRUNSWIK, Daniel LEVINSON y Nevitt SANFORD (*Études sur la personnalité autoritaire* [1950], París, Allia, 2007); o la investigación sobre el *other-directed man* de David RIESMAN (*La Foule solitaire* [1950], París, Arthaud, 1964).

encarnación del yo ideal de cada alemán» y que los juicios por los crímenes de guerra después de 1945 (en particular el juicio contra Eichmann) mostraron que los nazis arrestados no habían sufrido ningún shock particular (ni depresión, ni remordimientos, ni desesperación). Según su diagnóstico, la nueva sociedad alemana se funda sobre una «represión colectiva de los recuerdos del Tercer Reich». Lejos de caer en la melancolía, los alemanes eliminaron las «energías de catexis» de todo el periodo nazi. En lugar de buscar «las razones psicológicas por las cuales nos hemos convertido en partidarios de un 'guía' que no nos ha llevado más que a la catástrofe material y moral más grave de nuestra historia», consagran toda su energía a la reconstrucción económica e industrial del país. En resumen, los alemanes lograron una «desrealización»: el pasado «recae en la nada, como un sueño». ¹³

En los años setenta, ochenta y noventa, la cuestión del «síndrome del superviviente» se plantea cada vez más fuera del estricto campo clínico, a fin de explicar la experiencia de los supervivientes, así como la de las víctimas indirectas de las acciones genocidas del siglo XX, quienes no vivieron el acontecimiento traumático pero quedaron devastadas por la inmensidad de la pérdida. Se trata de un pasaje fundamental, por dos razones, al menos: el trauma adquiere al mismo tiempo una dimensión colectiva y una hereditaria. Partiendo de su experiencia personal, Helen Epstein entrevista a integrantes de la segunda e incluso tercera generación, quienes han absorbido el trauma de sus padres a través de una especie de ósmosis silenciosa. ¹⁴ Por su parte, Marianne Hirsch acuña el término *post-memoria* para describir la relación que la «generación posterior» tiene con el trauma cultural, colectivo y personal vivido por aquellos que la precedieron. ¹⁵ Poco a poco, la cuestión de la transmisión intergeneracional (desarrollada entre generaciones en contacto y realizada en ambas direcciones, descendente y ascendente) y la transmisión transgeneracional (realizada en dirección descendente, a distancia, entre dos generaciones) se convierte en central. En relación con su experiencia de hija de padres supervivientes del Genocidio Armenio de 1915, Janine Altounian abre una rica reflexión colectiva sobre la herencia del trauma. ¹⁶ Descubrimos que el horror vivido y secreto puede repetirse de nuevo: atraviesa

13. Alexander MITSCHERLICH y Margarete MITSCHERLICH: *Le Deuil impossible. Le fondement du comportement collectif* [1967], París, Payot, 1972, p. 37. Véase también Lothar BAIER: *Un Allemand né de la dernière guerre. Essai à l'usage des Français*, París, Éditions Complexe, 1985.

14. Helen EPSTEIN: *Le Traumatisme en héritage. Conversations avec des fils et des filles de survivants de la Shoah* [1979], París, Gallimard Folio, 2012. Véase también: Claudine VEGH: *Je ne lui ai pas dit au revoir. Des enfants de déportés parlent*, París, Gallimard, 1979; Nathalie ZAJDE: *Enfants de survivants*, París, Odile Jacob, 1995.

15. Marianne HIRSCH: «Family Pictures: Maus, Mourning, and Post-Memory», *Discourse*, vol. 15, n.º 2 (1992), pp. 3-29.

16. Janine ALTOUNIAN: «Ouvrez-moi seulement les chemins d'Arménie». *Un génocide aux déserts de l'inconscient*, París, Les Belles Lettres, 1990; ÍD: *La Survivance. Traduire le trauma collectif*, París, Dunod, 2000; Abraham ALTOUNIAN y Janine ALTOUNIAN (eds.): *Mémoires du génocide arménien. Héritage traumatique et travail analytique*, París, PUF, 2009.

el tiempo, pasando de manera implícita e indirecta a través de generaciones; es decir, entre generaciones que conviven una al lado de la otra, pero también entre generaciones que jamás estuvieron en contacto.¹⁷ Constatamos que el trauma puede volver a despertar la historia de las generaciones anteriores: por ejemplo, los traumas vividos durante la Guerra Civil Argelina, iniciada en 1992, han hecho resurgir otros traumas de la guerra colonial, enterrados y no tratados.¹⁸ En resumen, como François Davoine y Jean-Max Gaudillière subrayan, la historia individual incorpora las lagunas y las heridas de la historia del mundo; por esta razón, las historias singulares solamente pueden comenzar a contarse en estrecha relación con la Historia, también por parte del analista.¹⁹

Desde esta perspectiva, en América del Sur los psicoanalistas se preguntan por el origen y el impacto de las dictaduras militares en el equilibrio y el funcionamiento psíquico. ¿Qué ocurre cuando aquellos que se supone deben proteger e imponer la ley son quienes poseen un poder mortal? ¿Cuáles son las consecuencias de la irrupción de la violencia de Estado en la historia de un sujeto? ¿En qué difiere el trauma así creado de aquel conocido por la práctica ordinaria psicoanalítica? Su reflexión pone en tela de juicio el pensamiento dicotómico, cercano al psicoanálisis ortodoxo, el cual «levanta un muro que, como en el jardín de los Finzi-Contini, separaría la sesión^{20*} de la ciudad».²¹

Por otra parte, en el mismo periodo, la reflexión sobre la personalidad autoritaria se desvanece. El análisis de los autores de atrocidades en otros contextos históricos podría haberse visto nutrido por esta reflexión, pero no fue el caso. Al contrario, la cuestión de la sumisión a las órdenes pronto tomó otro significado completamente diferente: debido a la presión de los veteranos de la Guerra de Vietnam, la Asociación Americana de Psiquiatría reconoce oficialmente en 1980 el Trastorno por Estrés Post Traumático (Post-Traumatic Stress Disorder, PTSD).²² Como muestran Didier Fassin y Richard Rechtman, se trata de una revolución conceptual: «Comparado con la neurosis traumática, la inversión del rumbo es

17. Véase también: François VILLA y Eva WEIL: «Lettre à Nathalie... l'absente», en G. LÉVY (ed.): *L'Esprit d'insoumission. Réflexions autour de la pensée de Nathalie Zaltzman*, París, Campagne Première, 2011, pp. 53-74.

18. Alice CHERKI: «Ni honte ni gloire», en P. CHEMLA (ed.): *Actualités du trauma*, París, Erès, 2002, pp. 103-112 ; dossier «L'expérience traumatique», *NAQD, Revue d'études et de critique sociale*, 2003, n.º 18.

19. Françoise DAVOINE y Jean-Max GAUDILLIÈRE: *Histoire et trauma. La folie des guerres* [2004], París, Stock, 2006; Françoise DAVOINE: *Don Quichotte pour combattre la mélancolie*, París, Stock, 2008.

20. N. de la T.: en el original, en francés, se aprecia un juego de palabras entre dos significados del término *séance*, el de sesión y también el de reunión. El muro de los Finzi-Contini separaría, por tanto, sus reuniones de lo que ocurre en el mundo exterior.

21. Marcelo N. VIGNAR: «Violence sociale et réalité dans l'analyse», en J. PUGET *et al.*: *Violence d'État et Psychanalyse*, París, Dunod, 1989, p. 46.

22. El Trastorno de Estrés Postraumático estaba recogido en el DSM-III (*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*) bajo el diagnóstico: «reexperiencing symptoms». Véase: Allan YOUNG: *The Harmony of Illusions: Inventing Post-traumatic Stress Disorder*, Princeton, Princeton University Press, 1995.

completa. Ya no es necesario buscar una personalidad frágil, dado que los síntomas son la reacción normal –en un sentido estadístico– ante el acontecimiento. Ya no es necesario explorar un trauma originario, pues el acontecimiento –por sí solo– es suficiente para producir los trastornos. Ya no se pone en duda la sinceridad del traumatizado: es creíble *a priori*. Ya no se cuestionan más los privilegios asociados: el diagnóstico da derecho a una justa reparación.²³ Además, en relación con el análisis de Mitscherlich, se produce una transformación fundamental, dado que los autores de las atrocidades son asimilados a las víctimas: lejos de ser responsables de sus crímenes, también pueden ser considerados como individuos traumatizados por lo que la guerra ha hecho de ellos.²⁴

BANALIZACIÓN DE LA NOCIÓN

Lejos de ser el resultado exclusivo de una reflexión médica erudita, el concepto de trauma, o de traumatismo psíquico, nace como resultado de ciertos eventos históricos y se desarrolla en los confines de la psicología, las ciencias sociales y el campo jurídico (las secuelas de una situación traumática pueden desencadenar una demanda de reparación). Como Didier Fassin y Richard Rechtman enfatizan: «el trauma no pertenece únicamente al léxico psiquiátrico, sino que se inscribe en el sentido común. Constituye un nuevo lenguaje del acontecimiento. [...] Es el producto de una movilización de actores, profesionales de la salud mental, defensores de la causa de las víctimas en particular y, en general, de una reestructuración de los fundamentos cognitivos y morales de nuestras sociedades, poniendo en juego la relación entre desgracia, memoria y subjetividad.»²⁵

En las últimas décadas, este concepto goza de plena actualidad, hasta el punto de que Shoshana Felman ha definido el siglo XX como «el siglo del trauma».²⁶ El trauma nutre el debate político, numerosos textos literarios, así como obras de arte.²⁷ Es cada vez más utilizado por las ciencias sociales: revistas, conferencias,

23. Didier FASSIN y Richard RECHTMAN muestran igualmente la convergencia en este punto entre los veteranos de guerra y los movimientos feministas, ansiosos por el reconocimiento de los traumas ligados a los abusos sexuales. (*L'Empire du traumatisme...*, p. 120).

24. Como recuerdan Didier Fassin y Richard Rechtman, en esta ocasión, el psiquiatra americano Robert Lifton repasa el caso del único soldado que se negó a participar en la masacre de My Lai, para decir que, aunque su reacción puede parecer más razonable, no fue «normal». Por su parte, Jonathan Shay ve en el PTSD una reacción adaptativa y no una patología (J. SHAY: *Achilles in Vietnam. Combat, Trauma and the Undoing of Character*, Nueva York, A Touchstone Book, Simon & Schuster, 1994).

25. Didier FASSIN y Richard RECHTMAN: *L'Empire du traumatisme...*, p. 18.

26. Shoshana FELMAN: *The Juridical Unconscious: Trials and Traumas in the Twentieth Century*, Cambridge, Harvard University Press, 2002, p. 171.

27. Por ejemplo: Ernst van ALPHEN: *Caught by History. Holocaust Effects in Contemporary Art, Literature, and Theory*, Stanford, Stanford University Press, 1997; Jill BENNETT: *Empathic Vision: Art, Politics, Trauma*, Stanford, Stanford University Press, 2005; E. Ann KAPLAN y Bang WANG (eds.): *Trauma and Cinema: Cross-Cultural Explorations*, Hong Kong, Hong Kong University Press, 2004; Daniele

monografías y departamentos universitarios se consagran al trauma. Incluso existe la disciplina de *Trauma Studies* y una revista llamada *Journal of Literature and Trauma Studies*.

Diferentes enfoques han contribuido al éxito de este concepto. Fue propugnado primero en dos textos fundamentales por los fundadores de los Archivos Fortunoff de Yale: el psiquiatra Dori Laub, deportado durante dos años a un campo de concentración en Rumanía, y el crítico literario Geoffrey Hartman, quien, en 1939, abandonó Alemania en un *Kindertransport*. Laub destaca la desintegración de los marcos espaciales y temporales experimentada por los supervivientes del Holocausto: «Aunque fue real, el acontecimiento traumático tuvo lugar fuera de los parámetros de la realidad 'normal', tales como la causalidad, el orden, el lugar y el tiempo. El trauma es, pues, un acontecimiento que no tiene un comienzo ni un fin, ni un antes, durante o después. La ausencia de categorías que lo definan le confiere una calidad de 'alteridad', una prominencia, una intemporalidad y una ubicuidad que lo sitúan fuera del alcance de la comprensión, el relato y la capacidad de dominarlo. Los supervivientes de traumas no viven con los recuerdos del pasado, sino con un acontecimiento que no podía finalizar y no finalizó, que no tiene fin y, por lo tanto, continúa en el presente».²⁸ Desde esta misma perspectiva, Hartman recuerda que el acontecimiento traumático es registrado más que experimentado: bordea la percepción y la conciencia, «cayendo» directamente en la psique. Por esta razón, la experiencia traumática no puede volverse enteramente consciente, en el sentido de que no puede ser recuperada o comunicada sin distorsión; crea un excedente de sentido que escapa a los mecanismos habituales del conocimiento. Se trata de un conocimiento sin conocer (*not-knowing knowledge*), que no puede ser capturado por una representación «realista».²⁹

El concepto de trauma fue entonces retomado desde una perspectiva literaria, sobre todo por los críticos deconstruccionistas, para quienes la cultura por entero estaría traumatizada. A partir del diagnóstico formulado por Theodor W. Adorno –según el cual la idea de una cultura resucitada tras Auschwitz es un señuelo– y retomando la estrategia interpretativa de Paul de Man, Cathy Caruth hace del trauma la clave interpretativa para releer la sociedad actual, la nacida del Holocausto: «En una época catastrófica, pues, el propio trauma puede proporcionar el vínculo entre culturas: no como una simple comprensión del pasado de los otros sino, más bien –en los traumas de la historia contemporánea– como nuestra capacidad de escuchar a través de las distancias que todos nos hemos tomado con

GIGLIOLI: *Senza trauma. Scrittura dell'estremo e narrativa del nuovo millennio*, Turín, Einaudi, 2011; Kelsey BANKERT: *The Architecture of Trauma: Daniel Libeskind in New York City and Berlin*, [s. l.], CreateSpace Independent Publishing Platform, 2013.

28. Dori LAUB: «Bearing Witness, or the Vicissitudes of Listening», en S. FELMAN y D. LAUB (ed.): *Testimony: Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis, and History*, Nueva York, Routledge, 1992, p. 69.

29. Geoffrey HARTMANN: «On Traumatic Knowledge and Literary Studies», *New Literary History*, vol. 26, n.º 3 (1995), pp. 537-563.

nosotros mismos».³⁰ Caruth reivindica a la vez «la verdad del acontecimiento así como la verdad de su incomprensibilidad». Desde su punto de vista, el trauma representa una oportunidad extraordinaria de autenticidad, dado que no podemos percibir la realidad más que cuando nuestros sistemas culturales de significado se desintegran: «Que la historia sea una historia de trauma significa que es referencial precisamente en tanto que no es completamente percibida conforme ocurre; o, dicho de otra manera, que una historia puede aprehenderse únicamente en la propia inaccesibilidad de su ocurrencia».³¹ Por lo tanto, la historia debería renunciar a su dimensión referencial para situarse en lo indecible del trauma:

Querría exponer que es en este punto, en el encuentro a la par frecuente y desconcertante con el trauma –tanto en su presencia como en la tentativa de comprenderlo– donde podemos comenzar a reconocer la posibilidad de una historia que ya no se reivindique como referencial (a saber, que ya no se base en los modelos simples de experiencia y referencia). Gracias a la noción de trauma, podemos comprender que una revisión de la referencia, encaminada no a eliminar la historia, sino a resituirla en nuestra comprensión, es precisamente lo que le permite a la historia surgir allí donde la comprensión inmediata no pudo.³²

Esta propuesta generaliza de manera hiperbólica la noción de trauma. Como señala el historiador Dominick LaCapra, el trauma se convierte en una obsesión o en una ocasión para las amalgamas o las confusiones más que cuestionables –comenzando por la idea de que la cultura contemporánea, o incluso la historia en su conjunto, sería esencialmente traumática; o por la idea de que tras el Holocausto todo el mundo es un superviviente–.³³ Además, a pesar de sus numerosas referencias psicoanalíticas (especialmente a Freud y Lacan), Caruth inaugura una despsicologización de la experiencia traumática: el trauma deja de ser concebido como un trastorno psíquico, vivido por individuos de carne y hueso, para convertirse en un proceso cultural general.

Los estudios sobre la memoria colectiva también han contribuido a la difusión del concepto de trauma. Siguiendo los pasos de Kai Erikson, quien definió el trauma colectivo como «un duro golpe al tejido básico de la vida social, que

30. Cathy CARUTH: «Introduction», en C. CARUTH (ed.): *Trauma: Explorations in Memory, Narrative and History*, Baltimore-London, The Johns Hopkins University Press, 1995, p. 11.

31. Cathy CARUTH: *Unclaimed Experience: Trauma, Narrative and History*, Baltimore-London, The Johns Hopkins University Press, 1996, p. 18.

32. *Ibid.*, p. 11.

33. Dominick LaCapra critica también la confusión entre trauma estructural o transhistórico y trauma histórico (D. LACAPRA: *Writing History, Writing Trauma*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2001, p. X). Véase también: Wulf KANSTEINER y Harald WEILNBÖCK: «Against the Concept of Cultural Trauma. Or How I Learned to Love the Suffering of Others without the Help of Psychotherapy», en A. Erl, A. NÜNNING (ed.): *Cultural Memory Studies. An International and Interdisciplinary Handbook*, Berlín, De Gruyter, 2008, pp. 229-240.

deteriora los lazos que unen a las personas y altera el sentido de lo común»,³⁴ los autores de *Cultural Trauma and Collective Identity* ven el trauma como una herida dramática en la identidad colectiva. Según Jeffrey Alexander, «Los traumas culturales se producen cuando los miembros de una colectividad sienten que han sido sometidos a un acontecimiento horrible que deja huellas indelebles en su conciencia de grupo, marcando sus recuerdos para siempre y cambiando su identidad futura de manera fundamental e irrevocable». Alexander es crítico con los enfoques que destacan las cualidades extraordinarias del acontecimiento traumático, distanciándose también del enfoque psicoanalítico, para subrayar que, lejos de existir naturalmente, el trauma es una construcción social: esta se puede hacer en tiempo real, al tiempo que un acontecimiento se desarrolla; o puede igualmente preceder al acontecimiento o bien seguirlo, como una reconstrucción *post-hoc*. «A veces, de hecho, los acontecimientos profundamente traumáticos no han ocurrido en la realidad; los acontecimientos imaginarios pueden ser tan traumáticos como aquellos que realmente ocurrieron.»³⁵

Para Neil Smelser, el trauma cultural es un género particular de memoria colectiva que corresponde a «una memoria aceptada y públicamente reconocida por un grupo significativo de miembros, y que evoca un acontecimiento o una situación que a) está cargado de afectos negativos, b) es percibido como indeleble, c) es considerado como amenaza a la existencia de la sociedad o como una violación de ciertos presupuestos culturales fundamentales».³⁶ Por lo tanto, el trauma no necesariamente implica una experiencia directa, de primera mano. Puede ser fruto de la pura imaginación: este principio explicaría por qué los individuos que leen libros o ven películas emocionantes o aterradores pueden quedar traumatizados temporalmente.³⁷ Ron Eyerman analiza el trauma de la esclavitud, no como una institución o como una experiencia, sino en tanto que memoria colectiva, una forma de recuerdo fundacional. «El trauma de la servidumbre forzada y de la subordinación casi completa a la voluntad y los caprichos de otro no fue necesariamente algo directamente experimentado por muchos de los sujetos de este estudio, pero llegó a ser central en sus intentos por forjar una identidad colectiva a partir de su memoria. En este sentido, la esclavitud ha sido traumática de manera retrospectiva y ha formado una ‘escena originaria’ que podría, potencialmente, unir a todos los ‘afroamericanos’ de los Estados Unidos, independientemente de

34. Kai ERIKSON: *Everything in its Path: Destruction of Buffalo Creek*, New York, Simon & Schuster, 1976, pp. 153-154.

35. Jeffrey C. ALEXANDER: «Toward a Theory of Cultural Trauma», en J. C. ALEXANDER, R. EYERMAN, B. GIESEN, N. J. SMELSER y P. SZTOMPKA: *Cultural Trauma and Collective Identity*, Berkeley, University of California Press, 2004, pp. 1-30.

36. Neil SMELSER: «Psychological Trauma and Cultural Trauma», en J. C. ALEXANDER, R. EYERMAN, B. GIESEN, N. J. SMELSER y P. SZTOMPKA: *Cultural Trauma...*, p. 44.

37. Neil SMELSER: «Psychological Trauma and Cultural Trauma», en J. C. ALEXANDER, R. EYERMAN, B. GIESEN, N. J. SMELSER y P. SZTOMPKA: *Cultural Trauma...*, p. 40.

que ellos mismos hayan sido esclavos.»³⁸ Bernhard Giese retoma la definición de «trauma de la vergüenza» tal como ha sido expuesto por Aleida Assmann y la aplica al contexto alemán: mientras que las víctimas sufren por sus recuerdos, que les imponen sin cesar la visión de experiencias extremadamente dolorosas, los culpables sufren por ser obligados a recordar.³⁹

Por su parte, Piotr Sztompka amplía aún más el concepto de trauma al identificar cuatro fuentes: la intensificación de los contactos interculturales, provocados por el colonialismo, el proselitismo religioso y la globalización; el crecimiento de la movilidad geográfica; el cambio de las instituciones fundamentales desde el punto de vista económico, político o tecnológico (urbanización, industrialización, democratización y aparición de nuevas tecnologías); las transformaciones de creencias o ideologías, incluida la revisión de ciertos mitos nacionales (tales como el descubrimiento de la masacre de nativos por parte de los americanos o los horrores cometidos por la Unión Soviética, ¡y también la revisión crítica de la interpretación de la Revolución francesa propuesta por François Furet!).⁴⁰

De manera más general, una rápida búsqueda en la base de datos de JSTOR muestra la progresiva consolidación del término trauma.⁴¹

Tabla 1.
JSTOR: apariciones del término
trauma (en el texto íntegro), 5 de junio de 2016.

Disciplina	Número de títulos de revistas	Número de artículos
African American Studies	25	585
African Studies	75	1036
American Studies	136	1886
Anthropology	135	2117
Asian Studies	170	1881

38. Ron EYERMAN: «Cultural Trauma. Slavery and the Formation of African American Identity», en J. C. ALEXANDER, R. EYERMAN, B. GIESEN, N. J. SMELSER y P. SZTOMPKA: *Cultural Trauma...*, p. 60.

39. Bernhard GIESEN: «The Trauma of Perpetrators. The Holocaust as Traumatic reference of German National Identity», en J. C. ALEXANDER, R. EYERMAN, B. GIESEN, N. J. SMELSER y P. SZTOMPKA: *Cultural Trauma...*, pp. 112-154. Para Aleida Assmann, el trauma reside en la presentación de la vergüenza ante los ojos de la opinión pública mundial, como Thomas Mann afirma, en un pasaje de Docteur Faustus, «Nuestra ignominia se extiende abiertamente ante los ojos del mundo» (A. ASSMAN: «La thèse de la culpabilité collective. Un traumatisme allemand?», *Le Débat*, 124 (2003), pp. 171-188). El concepto de «trauma de la vergüenza» volvió a aparecer en la discusión sobre el silencio de Günter Grass a propósito de su participación en octubre de 1944 en la Waffen-SS. Véase: Thomas SERRIER: «Günter Grass et la Waffen-SS. La mémoire maudite d'un prix Nobel allemand», *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 94 (2007), p. 87-100.

40. Piotr SZTOMPKA: «The Trauma of Social Change: A Case of Postcommunist Societies», en J. C. ALEXANDER, R. EYERMAN, B. GIESEN, N. J. SMELSER y P. SZTOMPKA: *Cultural Trauma...*, pp. 155-195.

41. Por supuesto, las tablas no tienen más que un valor sugestivo, pues el número de revistas científicas ha aumentado fuertemente desde los años ochenta.

Disciplina	Número de títulos de revistas	Número de artículos
Feminist & Women Studies	43	1587
Film Studies	24	770
History	495	5081
Irish Studies	72	967
Language and Literature	447	10326
Latin American Studies	77	1271
Middle East Studies	86	705
Philosophy	149	1442
Political Science	245	4465
Psychology	42	1786
Religion	164	2024
Sociology	202	3815

Tabla 2.

JSTOR: apariciones del término *trauma* en la disciplina «Historia» (495 títulos) (en el texto íntegro), 5 de junio de 2016.

Periodo	Resultados
1912-1945	12
1946-1955	19
1956-1965	68
1966-1975	202
1976-1985	604
1986-1995	885
1996-2005	1526
2006-2015	1692

Tabla 3.

JSTOR: apariciones del término *trauma* en artículos en la disciplina «Sociología» (202 títulos) (en el texto íntegro), 5 de junio de 2016.

Periodo	Resultados
1912-1945	40
1946-1955	42
1956-1965	84
1966-1975	219
1976-1985	422
1986-1995	614
1996-2005	1432
2006-2015	1156

Tabla 4.

JSTOR: apariciones del término *trauma* en artículos en la disciplina «Antropología» (135 títulos) (en el texto íntegro), 5 de junio de 2016.

Periodo	Resultados
1912-1945	40
1946-1955	32
1956-1965	44
1966-1975	93
1976-1985	209
1986-1995	362
1996-2005	702
2006-2015	634

En los artículos examinados, los acontecimientos definidos como traumáticos son muy variados: persecuciones (el Holocausto, el Genocidio Armenio, el conflicto de la ex-Yugoslavia, etc.); la Reforma Protestante; las revoluciones; la trata de esclavos; la colonización; las guerras (la de Secesión, la Primera Guerra Mundial, la Guerra Greco-Turca de 1919-1922, la Segunda Guerra Mundial, etc.); la explosión nuclear de Hiroshima y Nagasaki; las crisis económicas (la Gran Depresión); las catástrofes naturales; el *apartheid*; los fenómenos históricos generales (la modernización, la globalización, etc.) y también la derrota del nazismo... La difusión del término puede implicar tres desplazamientos semánticos fundamentales: que el autor, el cómplice o el «espectador» de la violencia tiene también derecho a ser considerado como un sujeto traumatizado; que el trauma no está necesariamente arraigado en la experiencia vivida; y que, lejos de ser desencadenado por el miedo, el trauma estaría determinado por una humillación colectiva.⁴²

Sin duda, la difusión de la noción de trauma indica que nos hemos vuelto más sensibles a la manera en que los acontecimientos históricos afectan la vida de los hombres y las mujeres, perturbando a veces gravemente su capacidad de pensar y simbolizar.⁴³ Sin embargo, la facilidad con la que hoy en día utilizamos la noción de trauma es preocupante. Tras observar rápidamente las apariciones de la noción de trauma en las ciencias sociales, uno tiene la impresión de que el número de acontecimientos traumáticos no para de aumentar, y que empleamos los términos de trauma, duelo, represión y resiliencia como si fueran portadores de su propia explicación. ¿No hay acaso un ensanchamiento impreciso del término, un riesgo de banalización o incluso de estetización de la realidad del

42. Por ejemplo: Arthur NEAL: *National Trauma and Collective Memory: Major Events in the American Century*, Armonk, Nueva York, M.E. Sharpe, 1998; Wolfgang SCHIVELBUSCH: *The Culture of De-feat: The American South 1865, France 1871, Germany 1918*, Berlín, Fest, 2001.

43. Jay WINTER: «The Generation of Memory: Reflections on the «Memory Boom» in Contemporary Historical Studies », *Canadian Military History*, vol. 10, n.º 3 (2001).

trauma? La cuestión merece ser examinada con atención, máxime cuando esta patologización de la historia parece suscitar una considerable cobertura mediática. Nos encontramos atrapados entre dos ideas estereotipadas: el trauma en tanto que verdad incomprensible e irrepresentable, por una parte; y, por otra, el trauma como experiencia inmediatamente reconocible, recordable y nombrable.⁴⁴ Estas maneras de concebir el trauma suscitan más cuestiones. Me gustaría indicar tres.

EL TRAUMA HISTÓRICO

En primer lugar, ¿hay elementos específicos propios del trauma histórico? El trauma histórico comparte con la catástrofe natural una serie de aspectos: el colapso brutal del mundo ordinario, el sentimiento generalizado de inseguridad, la inminencia de la muerte, la pérdida de los anclajes familiares y la desorientación espacial y temporal. Sin embargo, existe entre ellos, quizás, una diferencia importante: el trauma histórico aniquila la prohibición de matar.⁴⁵ Degrada la condición humana, mostrando la fuerza de nuestras tendencias destructivas. La voluntad de destrucción intencional y metódica revela la impotencia de la cultura y socava la imagen ideal de la humanidad.⁴⁶ La degradación se manifiesta en tres escalas diferentes: humanidad, comunidad e individualidad.

Ya en 1937, Ernst Simmel, uno de los fundadores del Berliner Psychoanalytisches Institut, señaló que, además de experimentar una situación de peligro extremo durante la Primera Guerra Mundial, el soldado asistió (¿o incluso participó?) en un cruce de las fronteras morales:

me impresionó la fuerza de las tendencias destructivas de los seres humanos, que no sólo causaron la terrible devastación del continente europeo, sino también una devastación incalculable en el alma del ser humano. La estructura libidinal de la psique fue, por así decirlo, quebrantada por la tempestad de destrucción que había derribado las barreras de la conciencia, debido a los cambios en la conducta moral en los tiempos de guerra. [...] Tras la guerra, yo no pude zafarme de la impresión de la fuerza interior terrorífica que compele a los seres humanos a autodestruirse o a destruirse entre ellos.⁴⁷

44. De ahí la difusión de técnicas de de-shock, debriefing o defusing, con el objetivo de poner «males en palabras», para «obtener muy rápidamente la abreacción de los sujetos que han sufrido un trauma y una especie de cura en lo que al acontecimiento se refiere». Véanse las afirmaciones de Alain Vanier, citado en: Catherine SALADIN: «Témoigner aujourd'hui», *Figures de la psychanalyse*, n.º 8 (2003), pp. 15-29.

45. Nathalie ZALTZMAN (ed.): *La Résistance de l'humain*, París, PUF, 1999.

46. Ya en 1915, Freud habla de la Primera Guerra Mundial como una fuente de decepción: «jamás un acontecimiento ha destruido tanto patrimonio valioso, común a la humanidad, [...] ni rebajado tan profundamente lo que era elevado» (Actuelles sur la guerre et la mort [1915], *Œuvres complètes*, t. XIII, 1914-1915, París, PUF, 1988).

47. Ernst SIMMEL: «L'hôpital psychanalytique et le mouvement psychanalytique» [1937], en J. POULAIN-COLOMBIER y P. CHRISTOPHE: *Le patient de la Psychanalyse, Le mouvement psychanalytique*, París, L'Harmattan, 2007, p. 58.

Por su parte, Primo Levi testimonia cómo el primer contacto con la realidad concentracionaria dinamitó todos los lazos de comunidad y de solidaridad –incluso en el micro-grupo de referencia–. Es la traición de los suyos:

Mis camaradas no eran políticos, eran la escoria de la tierra, eran los infelices que tenían a sus espaldas cinco años de persecuciones continuas. [...] Ese era el material humano que yo tenía a mi alrededor. Entre estos infelices no había solidaridad alguna; y esta carencia era el primer trauma, el más fuerte. Ingenualmente, yo mismo y todos los que habían viajado conmigo pensamos: «por mal que vaya, encontraremos camaradas». Esto resultó ser falso. Encontramos enemigos, no camaradas.⁴⁸

Es por esta razón también que el superviviente se siente abandonado a la soledad. Recientemente, Dori Laub y Nanette C. Auerhahn escribieron que la dificultad de comunicación no concierne sólo a la relación del superviviente con los otros, sino también consigo mismo:

en esta forma de memoria traumática, el centro de la experiencia ya no se encuentra en el «yo» que tiene la experiencia. Los acontecimientos se producen en alguna parte, pero ya no están ligados al sujeto consciente. [...] Este doble estado de saber y no saber sume al superviviente en el duelo no sólo por sus seres queridos fallecidos, sino también por sus recuerdos perdidos. La ausencia de conocimiento previene el resurgimiento de la desesperación que acompañaría al recuerdo, pero deja al superviviente solo y desconocido para sí mismo.⁴⁹

A veces las agresiones de la vida y el colapso de la confianza en los otros van de la mano con el descubrimiento de la propia dimensión no moral. La realidad concentracionaria reverbera en el interior de cada uno. Así, el individuo se comporta de una manera que él mismo no podría aprobar. Primo Levi recuerda: «estábamos en verano, durante un periodo de bombardeos, hacía mucho calor y yo encontré agua, una tubería. Había tres o cuatro litros y yo se lo dije sólo a un amigo, no a los otros. Me sentí culpable por ello; si, por el contrario, se lo hubiera dicho a todo el mundo, no habría habido bastante agua para todos.»⁵⁰ Además de sufrir la violencia, la víctima puede verse en la obligación de participar en la violencia contra los otros.

48. Ferdinando CAMON: *Conversations avec Primo Levi*, París, Gallimard, 1991, p. 27. Sobre la reducción del sujeto singular a un elemento aislado y anónimo, véase: René KAËS: «Ruptures catastrophiques et travail de la mémoire» en J. PAGET *et al.*: *Violence d'État et Psychanalyse*, París, Dunod, 1989, pp. 185-188.

49. Dori LAUB y Nanette C. AUERHAHN: «Knowing and not Knowing Massive Psychic Trauma: Forms of Traumatic Memory», *International Journal of Psycho-Analysis*, 74 (1993), pp. 287-302.

50. Primo LEVI: «Les mots, le souvenir, l'espoir. Entretien avec Marco Vigevani», en Marco BELPOLITI (ed.): *Conversations et entretiens, 1963-1987*, París, Bibliothèques 10-18, 2000, p. 216. Véase también: Simon KORFF-SAUSSE: «La mémoire en partage», *Revue française de psychanalyse*, 64 (2000), pp. 97-111.

LA MEMORIA TRAUMÁTICA

Segunda cuestión: ¿qué tipo de memoria conlleva la experiencia del trauma? A este respecto, quisiera destacar una disputa conceptual importante sobre la idea de «memoria traumática».

En la tradición psicológica, el concepto de trauma está generalmente ligado a un trastorno de la memoria. Charcot escribe que el «shock» traumático provoca una disociación de la conciencia: de este modo, el recuerdo permanece inconsciente.⁵¹ Por su parte, Pierre Janet subraya la disociación de la conciencia que parece caracterizar a los pacientes traumatizados, así como la presencia de ideas fijas, vago recuerdo del acontecimiento traumático.⁵² Esta idea ha sido posteriormente elaborada por el psicoanálisis, para el cual la escena traumática está sometida a la amnesia. En Freud, a medida que avanza su pensamiento, el concepto de trauma experimenta importantes modificaciones, en particular en lo que concierne a su dimensión real o bien fantasiosa.⁵³ No obstante, Freud fue siempre sensible a la idea de que la experiencia emerge en términos de una imposibilidad de decir, una imposibilidad de soportar, una represión de partida u originaria, negada, y que se carga de un significado que permanece ajeno de alguna manera. Desde esta perspectiva, existe un evento que desencadena el trauma, pero ese evento se desarrolla en una temporalidad muy compleja.

El concepto de efecto retardado (*Nachträglichkeit*), formulado en 1896 en una carta a Wilhelm Fliess, indica que el trauma sigue un proceso de estratificación temporal, basado en dos tiempos:

voy a intentar exponerte brevemente los últimos detalles de mis especulaciones. Sabes que, en mis trabajos, parto de la hipótesis de que nuestro mecanismo psíquico se genera por un proceso de estratificación: los materiales presentes bajo la forma de huellas mnémicas se reorganizan de vez en cuando conforme a las nuevas circunstancias. Lo que hay de novedoso en mi teoría es la idea de que la memoria no sólo está presente una vez, sino múltiples veces, y que se compone de diversas variedades de «signos». [...] Quiero destacar que las transcripciones sucesivas representan la operación psíquica de épocas sucesivas de la vida. Es en el límite entre dos épocas donde se debe efectuar la traducción de los materiales psíquicos. [...] La denegación de la traducción es lo que llamamos clínicamente represión.⁵⁴

51. Jean-Martin CHARCOT: *Leçons sur les maladies du système nerveux*, París, A. Delahaye, 1872-1883, 3 vols.

52. Pierre JANET: *L'Automatisme psychologique*, París, Alcan, 1889.

53. En una célebre carta a Wilhelm Fliess, el 21 de septiembre de 1897, Freud otorga un poder traumático a la fantasía. Esta perspectiva, que abre la posibilidad de que no haya una correspondencia directa entre la realidad histórica y el recuerdo, se debate de nuevo tras la Primera Guerra Mundial. En *Más allá del principio de placer*, analizando las pesadillas de los soldados, Freud explica que la neurosis traumática se desarrolla cuando un acontecimiento violento y repentino causa terror (la señal de angustia no permite ya al ego protegerse de la intrusión violenta). Sigmund FREUD: *Lettres à Wilhelm Fliess, 1887-1904*, París, PUF, 2006.

54. *Ibid.*, carta 52 antes, 112 ahora.

El acontecimiento originario es después recordado por otro acontecimiento de apariencia banal: a saber, que en un contexto histórico y subjetivo posterior, el individuo reorganiza los acontecimientos pasados dándoles un nuevo significado. A través de la noción de efecto retardado, Freud destaca que en un segundo momento resurge lo que ahí se hallaba pero no podía decirse.⁵⁵

Otro autor clásico, aunque desconocido por mucho tiempo, Sandor Ferenczi, subraya el peso de los acontecimientos externos en las neurosis traumáticas. Ferenczi escribe: «siempre son los trastornos reales y los conflictos con el mundo exterior, que son traumáticos y tienen un efecto de choque, los que dan el primer impulso al surgimiento de direcciones anormales en el desarrollo; estos preceden siempre a la formación de las fuerzas psíquicas neurógenas, por ejemplo las de la conciencia moral».⁵⁶ El trauma (en particular el precoz) perturba gravemente la capacidad de pensar y simbolizar. En consecuencia, su escena sigue siendo inaccesible: el individuo traumatizado la puede concebir intelectualmente, pero al mismo tiempo duda de su existencia. El acontecimiento traumático está, pues, acompañado por una amnesia relativa. Al tiempo que reconoce el estrecho vínculo existente entre el shock psíquico y la realidad externa, Ferenczi piensa que el trauma es bifásico; se estructura en dos etapas: el acontecimiento traumático, propiamente hablando, y la desaprobación, el silencio de los otros, quienes, a veces por motivos bienintencionados, evitan nombrar el carácter traumático del acontecimiento. Otra sugerencia importante, relativa a la estratificación temporal, proviene de Masud Khan, quien señala que el trauma puede formar parte también de lo ordinario. En este caso, los daños derivan de una acumulación a largo plazo de micro-traumas, los cuales operan en un largo periodo de tiempo.⁵⁷ Estos, resultado de una exposición iterativa y tóxica a acontecimientos negativos –debido a la ausencia de un entorno capaz de construir una confianza de base– pueden ser «invisibles».

En las últimas décadas, la literatura nos ha dejado relatos puntuales de trastornos de la memoria provocados por traumas históricos. Dos ejemplos son célebres. Georges Perec comienza *W o el recuerdo de la infancia*, libro que combina la ficción y la autobiografía, con una frase famosa:

Yo no tengo recuerdos de infancia. Hasta mi duodécimo año, más o menos, mi historia cabe en unas pocas líneas: perdí a mi padre a la edad de cuatro años, a mi madre a los seis; pasé la guerra en distintas pensiones en Villard-de-Lans. En 1945, la hermana de mi padre y su marido me adoptaron. Esta ausencia

55. Como escribe a propósito del caso de Emma: (*L'Esquisse, Naissance de la psychanalyse*, capítulo «Psychopathologie de l'hystérie»), el acontecimiento originario es una condición del trauma, pero desarrolla su potencial traumático solamente después de otros acontecimientos sucesivos.

56. Sandor FERENCZI: «Principe de relaxation et néocatharsis» [1930], en ÍD.: *Psychanalyse. Œuvres complètes*, 1927-1933, Payot, t. IV, p. 93. Sobre la controversia entre Sigmund Freud y Sandor Ferenczi: Thierry BOKANOWSKI: «Traumatisme, traumatique, trauma. Le conflit Freud/Ferenczi», Conférence Société psychanalytique de Paris, 2001 (en línea: <http://www.spp.asso.fr/main/conferencesenligne/Items/14.html>).

57. Masud KHAN: *Le Soi caché* [1974], París, Gallimard, 1976, pp. 69-99.

de historia me ha tranquilizado durante mucho tiempo: su aridez objetiva, su evidencia aparente, su inocencia, me protegían, pero, ¿de qué me protegían, si no precisamente de mi historia, de mi historia vivida, de mi historia real; de mi historia real, la cual, para mí, podemos suponer, no era ni árida, ni objetiva, ni aparentemente evidente, ni evidentemente inocente? «Yo no tengo recuerdos de infancia»: formulaba esta afirmación con seguridad, casi con una suerte de desafío. No cabía preguntarme sobre esta cuestión. No estaba inscrita en mi programa. Estaba exento de ello: otra historia, la Grande, la Historia con su gran hache, ya había respondido por mí: la guerra, los campos.⁵⁸

Por su parte, Winfried Georg Sebald relató la larga «amnesia» de Jacques Austerlitz, quien, en su infancia, había formado parte de los convoyes de *kindertransport*, los trenes de última hora que, llevando niños judíos a Inglaterra, los salvaron *in extremis* de los mataderos nazis:

Sentía ya bajo mi frente el horrible estupor que anuncia la desintegración de la personalidad, presentía que en realidad yo no poseía ni memoria, ni capacidad de reflexión, ni existencia propia, que todo lo que había vivido no había hecho más que aniquilarme y alejarme del mundo y de mí mismo.⁵⁹

La difusión pre- (o post-) psicoanalítica de la noción de trauma, ¿no está descuidando las lagunas de la memoria traumática? ¿no está simplificando de manera excesiva los procesos de estratificación temporal propios del trauma, tal y como iluminaron, desde diferentes ángulos, Freud, Sandor Ferenczi o Masud Kahn? El riesgo reside en que nos contentemos con una visión demasiado evidente y «factual» del trauma (el acontecimiento se convierte en el agente etiológico necesario y suficiente), que perdamos su espesor, formado por estratificaciones y resurgimientos.

DECIR EL TRAUMA

El tercer conjunto de preguntas concierne al discurso traumático. ¿Cómo decir una verdad que no pudo llegar el día del trauma? ¿Cómo hablar si el trauma impacta en el relato y determina la pérdida de confianza en los otros? Robert Antelme lo cuenta desde el principio de su testimonio sobre su experiencia concentracionaria:

Hace dos años, durante los primeros días tras nuestro regreso, todos nosotros fuimos, yo creo, presas de un verdadero estado de delirio. Queríamos hablar, ser escuchados finalmente. Se nos decía que nuestra apariencia física era bas-

58. Georges PEREC: *W ou le souvenir d'enfance*, París, Éditions Denoël, 1975, p. 13.

59. Winfried Georg SEBALD: *Austerlitz* [trad. fr. Patrick Charbonneau], Austerlitz, Arles, Actes Sud, 2002, p. 149.

tante elocuente por sí sola. Pero acabábamos de regresar, traíamos con nosotros nuestra memoria, nuestra vívida experiencia, y sentíamos un deseo frenético de contarla tal cual. Y desde los primeros días, sin embargo, nos parecía imposible superar la distancia que descubríamos entre el lenguaje a nuestra disposición y esta experiencia, la cual, en su mayor parte, aún seguía su curso en nuestros cuerpos.⁶⁰

Estas cuestiones se vuelven aún más complejas cuando uno se enfrenta a testimonios públicos. No se trata de decir que los acontecimientos traumáticos sean indecibles, sino que la relación entre el trauma y la palabra está lejos de ser evidente. En los últimos años, numerosas instituciones políticas y mediáticas han compartido la idea de que tomar la palabra podría contribuir a la elaboración del trauma.⁶¹ He aquí el lema: desbloquear la palabra. La expresión pública es concebida, como muestran los casos de África del Sur y de Rwanda, como una experiencia catártica indispensable para superar la tragedia y promover la reconciliación. Sin duda, como destaca Maren Ulriksen-Vignar, el trabajo de mentalización después del trauma está ligado a la capacidad del entorno de acoger testimonios: «la elaboración psíquica individual es posible cuando el reconocimiento y el registro del horror se hacen colectivamente».⁶² Ante la dificultad de creer en la increíble realidad de los campos, de las desapariciones, de las torturas, la víctima necesita no sólo encontrar un interlocutor que acepte oír y escuchar, sino también un testigo de su propio trauma. Desde esta perspectiva, los espacios colectivos, donde el trauma es reconocido por los «otros» y es nombrado en relación con la Historia, pueden ayudar a salir del enclaustramiento traumático.⁶³ Sin embargo, hablar (especialmente en público) no es un acto inocente. ¿Acaso no se corre el riesgo de simular una estrategia de olvido y un deseo de un pronto retorno a la normalidad, de fomentar la negación? ¿Y si, por ejemplo, el hecho de centrarse en las víctimas constituía una defensa frente a los elementos de identificación con los verdugos? Así mismo, hablar puede ser una fuente de retraumatización o de revictimización.⁶⁴ Como apunta Rachel Rosenblum, uno puede sucumbir al hecho de decir la catástrofe: «uno puede morir de ciertas cosas

60. Robert ANTELME: *L'Espèce humaine* [1947], París, Gallimard, 1996, p. 9.

61. Además, en ciertos casos, hablar forma parte de los procedimientos de control del derecho de asilo: Élise Pestre muestra cómo las administraciones competentes estudian minuciosamente los relatos de los refugiados a fin de determinar la veracidad del trauma (E. PESTRE: *La vie psychique des réfugiés*, París, Payot et Rivages, 2010). Le agradezco a Marianne Amar esta referencia.

62. Maren ULRIKSEN-VIGNAR: «La transmission de l'horreur», en J. Puget et al., *Violence d'État...*, p. 130.

63. A este respecto, Dori Laub cree que si la sociedad hubiera dado a los supervivientes la posibilidad de compartir su historia de persecución, un gran número de hospitalizaciones psiquiátricas habrían podido evitarse.

64. Sobre los enfoques idólatra y fetichista del Holocausto, véanse los comentarios de Eric L. SALTER: «History beyond the Pleasure Principle», en S. FRIEDLÄNDER (ed.): *Probing the Limits of Representation: Nazism and the «Final Solution»*, Cambridge, Harvard University Press, 1992, pp. 143-154.

que jamás hayan sido dichas. Pero uno puede también morir de aquellas que hayan sido dichas, de aquellas que hayan sido «mal» dichas, o «mal» escuchadas, o «mal» recibidas.»⁶⁵ Desde este punto de vista, el relato, susceptible de generar la reviviscencia de la experiencia traumática, exige condiciones particulares que raramente son respetadas por los medios de comunicación.

Traducción de Virginia Ballesteros

65. Maren ULRIKSEN-VIGNAR: «La transmission de l'horreur», en J. Puget *et al.*, *Violence d'État...*, p. 130.

.....
SABINA LORIGA es historiadora, directora de estudios en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París y autora del libro *Le Petit x. De la biographie à l'histoire*, París, Éditions du Seuil, 2010. Actualmente es directora de la revista on-line *Passés Futurs*, en cuyo primer número se publicó la versión original de este artículo: «Du trauma historique» (<<https://www.politika.io/fr/notice/du-trauma-historique>>). En el volumen 53 de *Pasajes de pensamiento contemporáneo* hemos reproducido en castellano la entrevista que recientemente le hizo Andrea Inglese sobre el trauma histórico y el uso público de la memoria.